

# Asuntos familiares

Victoria Sánchez Sánchez

Esta es la historia de una familia humilde con ganas de progresar, poca escuela, pero doctorados por la vida en el trabajo. Nosotros nacimos todos en un pueblo de Ávila, Carpio Medianero, hoy Diego del Carpio, donde los vecinos se conocen todos por generaciones y algunos se casaban entre parientes. Eso les pasó a mis padres, ellos eran hijos de primos, así que de chicos ya se habían echado el ojo, y no se equivocaron porque fueron el uno para el otro; tenían la tenacidad y la fuerza necesaria para hacerle frente a la vida. Cuando uno se caía el otro lo levantaba.

Para entender por qué nos fuimos, hay que saber cómo y dónde ocu-



Mi madre, la abuela Antonia y tía Dorotea, Carpio 1933.

rrió esta historia, la de mi familia. Mi pueblo lo describo con el corazón y lo veo hermoso, áspero. Desde lejos se ve entre los montes rodeado de viejas y frondosas encinas. Es pequeño y chato, sobresale la torre de la iglesia de San Antón, donde todos los domingos viene Don Nazareno, el cura, a dar misa, a bautizar, a casar o a dar la extremaunción. Sus casas están hechas de las mismas piedras que nos da el suelo. Tienen el tejado color terracota, ennegrecido por el humo de las chimeneas, con algunas tejas rotas, las ventanas y las puertas de madera, con clavos hechos a golpe de martillo. En invierno la nieve cubre todo, es tan frío que los chupeteles<sup>1</sup> (*sic*) se hacían tan gruesos y pesados que rompían las tejas, adentro de las casa también se congelaba el agua de los cántaros y si dejábamos legumbres en remojo también se congelaban. Adentro los pisos son de ladrillos, tienen una cocina grande con un fogón en el suelo, una mesa y bancos de cada lado, está dividida en alcobas, donde hay una cama donde siempre duermen más de dos. Las calles son angostas y desaparejas<sup>2</sup>, oscuras por la noche, sólo la luna las alumbraba, por ellas pasa la gente y el ganado que viene del monte guiado por pastores, que son niños. Cada animal se va solo a su establo y espera que mañana lo vuelvan a buscar para ir otra vez al monte.

La gente es simple, son labradores y pastores, viven de lo que siembran: trigo, avena, garrobas, garbanzos, lentejas, tiene pocos animales, cabras, ovejas y algunas vacas, los más ricos. Están casi incomunicados del resto de España. Sólo hay una radio en casa del maestro, pero se puede encender a la noche cuando llega la luz eléctrica, y se oye de Ávila. Hay poco dinero circulando, así que viven del trueque, cambian todo por todo. Una buena mujer se dedica a las tareas del hogar, sabe coser, tejer, hilar, bordar, hace el pan, cuidar a su familia, que debe ser numerosa y obedecer lo que la iglesia pide.

El río que en invierno corre (*sic*) agua abundante bajo la gruesa escarcha, casi desaparece en verano; allí van a buscar agua para tener en las casas y donde van a lavar la ropa las mozas del pueblo, llevan los cántaros en la cabeza, cada una tiene una piedra grande donde fregar la ropa de toda la familia, y es el lugar donde los chismes corrían tan rápido como el agua. A la escuela van los más chicos, hay maestro para los varones y maestra para las niñas. La asistencia es irregular, faltan con frecuencia, ya que los mayorcitos tienen que ayudar a la familia, y la asignatura que más se enseña es religión.

Allí por la calle larga viene subiendo mi abuelo, tiene la cara desencajada, una mano en la cabeza y su andar es tambaleante, hace tanto calor, pasa al lado de mi madre y de mi abuela Antonia y no las ve, mi abuela que lo conoce

<sup>1</sup> Chupeteles: carámbanos de hielo colgantes de las cornisas de los tejados (N.E.).

<sup>2</sup> Dispareas, distintas (N.E.)

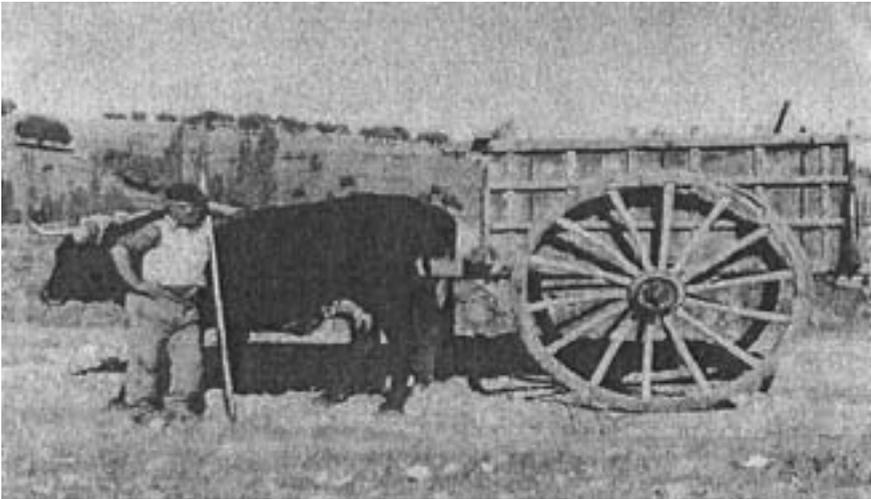
bien le grita:”*¡Eh, hombre! Qué te pasa*”. Había ido al molino de Alba de Tormes a moler el trigo, siempre volvía alegre con las alforjas de la burra llena de mercancías que permutaba, y se encontraba con amigos que cambiaban noticias, se daban saludos para parientes y vecinos del pueblo, verlo llegar era una fiesta para la familia, siempre salían a recibirlo los hijos a ver que traía, pero hoy: *“Hombre qué te pasa, te has soleado con tanta calor”*. Mi abuelo Teodoro se dio vuelta y le contestó: *“Hay mujer, ahora si que estamos listos, han matado a Calvo Sotelo, ya no nos para nadie”*<sup>3</sup>. Mi madre no sabía quién era ese hombre pero dedujo que seria alguien muy importante, y que algo malo iba a pasar, quedó tan grabado en su memoria que aún hoy me lo cuenta con las mismas palabras. El abuelo escondió las escopetas de caza en la pared de la casa.



Mi abuelo Teodoro, la abuela Antonia, mis tíos Damián y Santiago

El pueblo queda dividido. A España la pintan de azul y rojo, eran momentos de apasionamientos, todos contra todos, odio y miedo, entre vecinos, entre familia, padres e hijos, dos bandos, tú con el tuyo, yo con el mío. Por Carpio no pasó la guerra solo vimos irse a los más jóvenes y no tan jóvenes, volvían mutilados, enfermos o no volvían, como le pasó a mi tío Luis. Él estaba trabajando en Madrid y se alistó a las milicias, luchó y murió por lo que él creía, una granada le explotó en el estómago, el 13 de enero de 1937, el 15 moría en el hospital, y el 17 de enero el día de San Antón, mientras en el pueblo

<sup>3</sup> El asesinato de Calvo Sotelo, líder conservador, por guardias republicanos, en julio de 1936, es tomado como detonante del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 que inicia la Guerra Civil.



Mi tío Procopio rodeado de las encinas en Carpio Medianero.

se festejaba bailando alrededor de la hoguera, a él lo enterraban en una fosa común con otros compañeros, sólo tenía 22 años.

Un año antes tenía el dinero ahorrado y estaba haciendo los trámites para irse a la Argentina, pero a su hermano Segundo ya lo llamaban para hacer el servicio militar, él se salvó por no dar la talla, así que le dio el dinero y lo ayudó a hacer los trámites, no quería que se quedara y mi otro tío no quería irse, era su dinero, su ilusión, pero aceptó sólo si el año próximo, con los ahorros de los dos, se iba Luis. Aquí ya estaban los hermanos mayores, Marcelino y Ramiro. De él sabemos lo que sucedió porque varios primos y vecinos del pueblo estaban juntos luchando, lo cuidaron en el hospital y una prima le cosió la sábana, pero nunca se supo de otro primo, Pantaleón, que desapareció en combate, y su madre lo esperó hasta el día de su muerte, tenía la ilusión de que iba a volver.

Cuando terminó la Guerra, una hermana de mi abuela, Antonia, que tenía una fonda en Madrid, le avisó a mis abuelos que los primos que vivían con Luis le llevaron la maleta de éste, que fueran a buscarla, que podía tener valores importantes, y a ellos les hacía falta de todo. Fueron a buscarla, estaba cerrada con candado, así que la abrieron en el pueblo y ¿qué encontraron?: nada. Nada más que unos trajes de señorito y unas camisas, todo apolillado que al tocarlos se deshacían y, de dinero, ni un duro. Todo lo que tenía ahorrado para irse a la Argentina lo había dado a la República, estaba convencido que bien valía el sacrificio, que libertad e igualdad estaban próximAs.

Mi abuelo Félix nació en 1886 y les contaba a sus hijos que Carpio había pertenecido a Salamanca y, en un ordenamiento de tierras, los habitantes del pueblo pidieron pasar a Ávila, la razón era que tenemos el berrocal, donde se daba un pasto muy bueno. El ganado podía pastar allí sólo si éramos de Ávila. En el mes de septiembre, cuando empezaba el otoño bajaban las vacas del monte, llevadas a una zona donde no hiciera tanto frío y hubiera pasto. El cordel pasaba por el pueblo, primero los guardas que traían el ganado tenían que pedir permiso al alcalde y pagaban una contribución para pasar por el pueblo. El guarda de Carpio anunciaba con una trompeta que iba a pasar, que no salieran de sus casas porque había vacas moruchas y vacas bravas, pero el pueblo salía a verlas pasar, se ponían detrás de unos paredones de piedra, por veinte días pasaban varios cordeles. En una oportunidad vino al pueblo un mozo de Madrid y le llamó la atención que no usáramos calcetines, nos envolvíamos los pies con unas telas y luego nos calzábamos las albarcas, las mujeres usaban refajos, eran como enaguas de lana.

En la familia de mi padre primero llaman a la Guerra a mi tío Eleuterio, que ya era casado y esperaba su primer hijo. Después, a mi tío Florián y luego a mi padre. Llegó la orden en el ayuntamiento y tenían que ir, sí o sí, ellos fueron por el lado nacionalista, no podían elegir, además, si se negaban, donde los encontraban los mataban o si no, a su familia, en el mismo pueblo los podían delatar, todos estaban incontrolables (*sic*).

Como no podían estar tres hermanos en el frente, mi abuelo Félix tenía derecho a reclamar uno y llamó a mi padre, tenía 18 años y lo necesitaba para trabajar, había que aportar para su familia, tenía hermanos menores pero, así y todo, 3 meses en el frente.

En el pueblo no había gente importante, sólo había un médico que vino en forma temporaria (*sic*), se enamoró de mi tía abuela Victoriana y se quedó. Ambos eran casados, él con una mujer de lejos que nada se sabía de ella y el marido de mi tía abuela era enfermo, se decía en el pueblo que a pesar de los años de estar juntos no la había tocado. Una noche llegó un guardia civil que había nacido en Carpio y juró que no se llevarían a nadie del pueblo mientras él pudiera evitarlo; se presentó en la casa de mi abuelo Teodoro, cuando este lo vio, se quedó frío, pensó que venían por él. Es por el médico, Don José. Su nombre estaba en una lista que yo vi, explicó el guardia; que se marchara que no dijera a nadie que le había ido a avisar que si no, los matarían. Este buen hombre no quería irse porque, según él, no había hecho nada, pero entre su mujer y mi abuelo lo convencieron, mi abuelo lo metió en las alforjas de la burra y lo llevó por un camino lindero hasta estar fuera de peligro.

Se instaló en Salamanca, en una pensión barata, no llevaba mucho dinero, pero lo suficiente para unos días, entre los inquilinos hablan de la Guerra con mucho cuidado, no se sabe a quién se tiene al lado. Un día viene una



Mi madre, mi padre y mi hermana en la Feria de Valdejimena, 1946.

criada muy alborotada y le cuenta a la señora de la casa que la mujer del capitán nacionalista se está muriendo de parto. Este buen doctor que oye lo que la muchacha dice, le pide que lo lleven a verla, que es médico. Las mujeres se marchan, y en una hora regresan en un automóvil guiado por un soldado, le dicen que es buena gente pero usted sabe, son nacionalistas. Cuando llegan a la casa, les abre la puerta una criada de uniforme negro y blanco delantal, y lo lleva donde está la habitación de la señora. Al paso les sale la madre de la muchacha llorando y le dice que le pida lo que quiera, pero que

salve a su hija. El marido es un hombre joven, lleva el uniforme de capitán, lo mira con cierto recelo, *“Quédese Usted tranquilo, está en buena casa”*. Sólo le pido por ella, el crio, Dios dirá. Pida lo que sea, yo se lo daré. Dos días después todo ha pasado, el padre está loco de contento, no sólo salvó a la madre sino que también al hijo, todo se lo debe a este hombre, a un republicano. Le dan un salvoconducto y un trabajo en el hospital, se dan la mano y el capitán le dice: *“Dios lo bendiga, sólo somos españoles, su misión es curar”*.

Las cosas cambian rotundamente, como ya tiene un trabajo, llama a su mujer que no demora en irse con él, alquilan para vivir lo que hay en plaza, una habitación con derecho de cocina y un baño compartido con otros inquilinos, pero así todo es más de lo que tienen en el pueblo. Para que mi abuela se quede contenta invitan a mi madre que vaya a pasar un tiempo con ellos, comparte una habitación con unas muchachas que trabajan y se hacen amigas, se sorprende que ante la adversidad la gente sigue viviendo, hacen colas ante la escasez de víveres, corren a los refugios cuando suenan las alarmas y luego salen a pasear, van al cine, se hacen reuniones privadas. Para Semana Santa

alquilan un balcón por donde ha de pasar la procesión, goza de los privilegios de ser la sobrina del doctor Toledano, que cura sin preguntar de qué color es, el fin de la Guerra está cerca, lo que todos pensaban que iba a durar tres días, duró tres años.

Es la primera vez que sale del pueblo, se da cuenta que hay otra forma de vida, no tan dura, duda entre conseguir un trabajo y quedarse o volver a casa, sabe que su madre la necesita, ya es mayor. La muerte de Damián por envenenamiento la puso mal; había ido al campo con unos amigos, en las vacaciones de invierno de la escuela, comieron unas setas silvestres y eran venenosas, él no pudo vomitar y murió, mi abuela se puso de luto y nunca más se lo sacó y ahora con lo de Luis, ¿cómo puede sobrellevar tanto dolor una mujer tan frágil como ella? Otra vez tiene que hacer frente a la realidad y volver.

Después de terminar la Guerra, mi padre tiene que hacer el servicio militar, recorre varios cuarteles, Cádiz, Burgos, Valladolid, Vigo, Madrid. Por donde va, ve lo destruida que está España, aún hay miedo de lo que se dice, siguen las persecuciones, las cárceles y los fusilamientos. Como es un joven de pueblo, es sano, y se gana la confianza del sargento, recorre todo Madrid caminando para llevarle el pan a su casa, y son muchos los días que la señora le regala alguno, él se lo ponía en el bolsillo de la chamarra y enseguida encontraba un comprador. El precio, según el bolsillo del cliente. De allí va al cuartel de Cuatro-vientos; le gustan los aviones, pero cuando están en tierra, todos los días piden voluntarios para volar o para hacer la carrera, pero el no transa (*sic*), siempre había un carro de bomberos y una ambulancia, eso lo hace desconfiar, no lo convence ni la doble paga ni los días libres.

Los tres años que está en la mili, no lo pasa mal, con sus ahorros, se compra un par de zapatos y unos pendientes para la novia, “mi madre”, y vuelve al pueblo. Los casamientos se arreglaban entre los padres, éste era con el consentimiento y amor de los novios, no hubo ningún impedimento. La novia lleva un vestido azul de seda, lo tenía guardado para la ocasión, había comprado la tela al portugués, un vendedor ambulante que iba al pueblo cada tanto y llevaba las alforjas de los burros con mercancías conseguidas en el estraperlo, se lo hizo la modista y ella le pagó con lana hilada por ella. El novio lleva el clásico traje de pastor, es de pana color marrón claro, camisa blanca y unos flamantes zapatos negros. Los padrinos son mis tíos Merem y Heraclio, dos hermanos de mi padre, primero van a la iglesia y luego por la ley; hacen una comida para la familia. Van a vivir con mis abuelos maternos, y establecen que los mantendrán por un año, así pueden ahorrar y comprar la casa en 1.300 pesetas.

La familia empieza a agrandarse, esperan el primer hijo. El abuelo Teodoro había sido juez y un buen mediador, ganó las elecciones que se hicieron en el pueblo, primero salieron empatados y, para desempatar, fueron

a buscar a un vecino del pueblo que estaba trabajando en una dehesa y éste lo votó a él. Se desempeñó muy bien aunque el secretario, como era más instruido que él, quería imponerse e inclinar la balanza para el lado del que más tenía, pero nunca se dejó manejar y su tarea la cumplió a rajatabla. Había dos matrimonios que se habían separado y a la noche iban los hombres a su casa a dar la lata. Llamó a las mujeres y les ordenó que se dejaran de tonterías, que volvieran a aceptar a sus esposos. Y así fue, como lo decía el juez acataron la orden y muy felices y agradecidos que fueron el resto de sus vidas.

También un vecino se quejaba que su huerto parecía que se angostaba, que cada mes le entraban menos surcos en la siembra, que las piedras, que lo dividían con el otro, se movían. Mi abuelo no dijo nada y por varios meses hacía una ronda nocturna por el campo, ¿y qué encontró? Que un pícaro vecino corría las piedras que dividían los huertos. Lo obligó a ponerlas en su lugar y dejar lo que él había sembrado, que ya estaba para cosechar, para resarcirle el daño que había hecho y así aprendió la lección.

Tuvieron que pasar muchas cosas para tomar una decisión tan fuerte. La Guerra, la falta de trabajo y mal pago, la especulación de la situación en desventaja siempre del trabajador y no te podías quejar, en el pueblo no había otro, iba a ser siempre igual, y fue igual por mucho tiempo. La responsabilidad de una familia, eso te hace ver las cosas de otra manera, te da fuerza, te da coraje, sabes que tienes que hacer algo, ellos habían visto otra forma de vida lejos del pueblo. Pero España seguía tan maltratada, diez años de terminada la Guerra y nada ha cambiado, sigue el miedo, la pobreza es nuestra compañera inseparable, y aunque se esfuerzen mucho, no hay forma de vencerla. Después de levantar su cosecha, grupos de labradores del pueblo se iban a levantar otras, o si no a cortar encinas, las ramas eran para los dueños y le pagaban con las raíces, pero no siempre había muchas, así que volvían con las manos vacías, le daban la comida. Mi padre me contó que en una finca le dieron garbanzos por tres meses, a la mañana, al mediodía y a la noche. Iban caminando, llevaban en el macuto la pala, la hoz y todas las pertenencias al hombro. Dormían donde llega la noche, al sereno. Estaban hasta tres meses fuera de su casa y cuando volvían apenas traían unas pesetas, y eso que mi padre no malgastaba nada.

Mi madre lavaba ropa a la maestra y le pagaba tres pesetas, también hilaba lanas, tejía, bordaba y todo lo que podía. Recibían del racionamiento mensual un cuarto kilo de azúcar, una o dos latas de leche condensada, porque tenía una niña, arroz y medio litro de aceite, también le daban cigarrillos pero, como mi padre no fumaba, los vendía, por supuesto que en secreto, y así se hacía con unas pesetas más; el trueque seguía siendo moneda corriente. Nada les hacía ilusión y no querían ser como sus padres, resignados a vivir siempre igual, ellos nunca habían salido del pueblo a otro pueblo de la comarca, tuvie-

ron diez hijos cada familia.

Mi abuela Antonia, no sabía cuándo había nacido, y mi abuela Aureliana, nunca se sacó una fotografía. Ella conservó a todos sus hijos, pero la otra pobre vio marcharse a los tres mayores y morir a Luis en la Guerra, a Damián de ocho años envenenado

y, el último en nacer, Edmundo. Mi tío se marchó a Madrid porque tenía que aportar a la casa y ella seguía pariendo hijos, su último hijo lo debe haber tenido a los cuarenta y nueve años. Los hombres con cincuenta años ya eran viejos.

Eso es lo que les esperaba, o tomaban una determinación drástica, ya tenían a mi hermana y no querían más hijos, los portugueses casi ni venían al pueblo porque no había que vender ni dinero para comprar, mi abuelo cambió un perro ovejero por lana de oveja, mi madre la hiló para hacer la toquilla que primero usó mi hermana y luego yo. Aún hoy la conservo.

Yo tenía tres tíos en Argentina, ellos se habían ido de jóvenes: mi tío Marcelino se fue en 1925, fue el que inició el éxodo, le tocaba el servicio militar y lo mandaban a Melilla, allí estaban ocho años, un primo le advirtió que si iba lo explotarían, que volvían viejos y enfermos, luego Ramiro y, por último Segundo, que alcanzó a irse unos meses antes de la Guerra. La propaganda que se hacía de Argentina era inmejorable, agrandada por la ignorancia de la gente, pero ellos sospechaban que no podían ser así, Marcelino y Ramiro se habían casado, ellos estaban bien, trabajaban mucho, tenían su familia, el mayor en el ferrocarril y el otro en un almacén propio. Mi otro tío era mozo de bar, nada que ver con sus oficios de labranzas que hacían en el pueblo.

Un día mi madre estaba escribiendo una carta a Marcelino, él se había ido cuando ella tenía cinco años y, por saber, le pone, qué posibilidades hay para ir. Enseguida tuvo la respuesta: que cuando quisiéramos, que él y los otros hermanos nos iban a ayudar, nos mandó la lista de los documentos que teníamos que preparar, y se los dimos al secretario del pueblo, pero él no sabía cómo se hacían, el entusiasmo se calma porque yo quise nacer en España y, a golpes, hicimos los trámites.



Mis tías y mi tío Procopio junto a mí.

Fuimos preparando el viaje, vendimos la casa en mil pesetas a una prima de mi madre que aún hoy vive allí, y las cosas de la casa y las herramientas de labranza se la dimos a mi abuelo. Por esos días le ofrecieron a mi padre un empleo de mayoral en una dehesa de Valladolid, se la venían prometiendo en años; hubiera sido muy bueno en su momento pero, ya era tarde, la decisión está tomada. El 20 de abril, el día del cumpleaños treinta de mi padre, fuimos casa por casa de los vecinos a despedimos de todos los del pueblo. Nos seguían y lloraban, todos lloraban, creímos que con esa despedida era suficiente, pero qué sorpresa, a la mañana siguiente cuando abrimos la puerta de la casa, todo el pueblo estaba allí.

La única que no fue o no pudo ir fue mi abuela Aureliana, ella no entendía por qué nos íbamos, creía que era cosa de mi madre y, como ya lo dije antes, las decisiones las tomaban los dos, para ella todo estaba bien en España, nunca salió del pueblo. Mi madre llevaba el tapado verde, que le compró a la maestra, que como se le había muerto la madre y se puso de luto no lo usaba. A mi hermanita con un abrigo viejo de mi tía le hicieron uno nuevo y yo envuelta en la toquilla, mi papá no tenía abrigo y así con una hija en brazo cada uno y unas pocas pesetas en el bolsillo gastado, dijimos adiós.

Mi abuela Antonia nos dio una bondiola<sup>4</sup> de cerdo y un pan, igual lo hizo con cada hijo que se iba, por lo menos tendríamos que comer por unos días. Estaba desconsolada, ellos se quedaban con un hijo sólo de los diez que habían parido, Santiago, mis tías se casaron y se fueron del pueblo.

Muchas veces les pregunté a mis padres qué sintieron, si estaban felices y la respuesta fue siempre la misma: no, no estaban felices, tenían una sensación de vacío, de dolor, de impotencia, no sabían cómo manejar la situación, no querían pensar.

El abuelo Teodoro nos llevó hasta Diego Álvaro, porque el autobús no llegaba a Carpio, mi madre, mi hermana y yo vamos en la burra, y mi padre y el abuelo caminando sin hablar. Al despedirnos el abuelo nos dijo: “Hagan caso a sus hermanos”, nos dio un beso se dio vuelta y se marchó, no esperó el autobús. De allí a Ávila, otro autobús a Medina del Campo, al cruzar las vías para tomar el tren, mi hermana iba jugando con su bolsita, que mi madre le había hecho para que llevara sus pertenencias, se cayó y se raspó la nariz, sólo fue un susto, luego tomaron el tren a Vigo.

Tenían tiempo suficiente para hacer los últimos trámites, pero, como son tan precavidos, van a migraciones, examinan los documentos y le dan fecha de embarque por separado en distintos barcos, mi padre 15 días después. Hablan con el agente, les ponen que mi madre no puede viajar sola con dos niñas tan

<sup>4</sup> F. Arg. Corte de carne porcina, que se extrae de la región del cuello (N.E.).



pequeñas, que revean por favor, además con tantas emociones está muy desmejorada y yo tomando teta todo el día. El hombre habla con el jefe y acepta, la situación es más que notoria, vuelven a tomar la documentación, pero hay otro problema: yo estoy anotada con el segundo nombre de mi madre, hay que arreglarlo, tienen que volver al pueblo para que el secretario haga otra partida de nacimiento. Pero las cosas no pasan porque sí, nos deja en una pensión y se marcha al pueblo, no sólo arregló el mal entendido, sino que fue a despedirse de su madre, ella nunca entendió los porqués de la partida, pero se suavizó el dolor de mi padre que va y viene tan rápido como puede.

Otra vez en migraciones le toman los documentos y si ahora está todo bien, el 4 de mayo de 1949 embarcamos todos juntos en el “Entre Ríos”. Mientras esperamos, paseamos por el puerto, mi madre nunca había visto el mar. Mi padre se compró una gabardina y collares para las tías y, entre tantos paseos, nos sacamos una fotografía para inmortalizar nuestra partida y la nariz raspada de mi hermana.

Era un viejo barco de carga argentino que se completaba con pasajeros de una clase, todos somos españoles, de distintas provincias, menos la tripulación. Dormíamos en camarotes separados, los hombres de las mujeres y niños, teníamos dos literas para las tres, pero siempre dormíamos juntas, mis padres estaban muy descompuestos, más mi padre y encima le había salido

un forúnculo que lo llamaba divieso, que le levantaba fiebres altas hasta que se reventaban, no era la primera vez, cada uno con lo suyo. Se sociabilizaba poco, la gente estaba fatal, nos juntábamos para ir al comedor, o si no mi padre nos venía a buscar, a él le daban permiso para entrar en el camarote de las mujeres, pero debía irse rápido, eran muchos los días que mi madre no se podía levantar. La comida era buena, carne y no degustaba, o no la resistía el estómago, la bondiola<sup>5</sup> que le dio mi abuela un poco de pan y leche condensada, fue lo que lo mantuvo por 17 días. Cuando íbamos llegando a la línea del Ecuador el calor era insoportable, algunos pasajeros sacaban los colchones para dormir al sereno, pero era un trastorno subir y bajar con las niñas; nos sentábamos en un banco de madera y nos quedábamos dormidos de a ratos. Una noche se levantó una tormenta tan grande que no dio tiempo a nada, el viento y la lluvia movían el barco como si fuera de papel, volaban colchones, lonas, ropa, etc. Mi padre levantó a mi hermana con un brazo y con el otro nos abrazó a mi madre y a mí. Nos pudimos meter en el comedor, el pánico se adueñó de todos, gritaban, lloraban, el viento no los dejaba caminar, y encima en la escalera se atropellaba la gente, quería entrar con sus colchones. No sabemos cuánto duró, pero nos pareció una eternidad, sólo hubo pérdidas materiales y algún que otro machucón. A la tarde siguiente se hizo un baile para celebrar el cruce del Ecuador, bailaban y cantaban, se echaban agua, todo quedó atrás.

Días después nos acostamos sabiendo que a la mañana siguiente llegaríamos al puerto de Buenos Aires, estábamos cansados, fueron 17 días de mar, la ansiedad no nos dejó dormir. Cuando mi padre nos fue a buscar ya estábamos listas, fuimos a desayunar como siempre los cuatro juntos, todavía no nos permitían salir. Cuando amarró el barco salimos rápidamente del comedor, para ver el puerto, estaba repleto de gente, ruidos de maquinas, gritos, no se entendía nada ¿Cómo vamos a encontrar nuestra familia en este gentío? Además, hacía tanto que se habían ido que ya no los conocían. Entre los ruidos oímos que gritaban “*Bene, Inesto, Aurita, Victoria*”, era a nosotros, no podían ser otros y enseguida contestamos: “*aquí, aquí*”. Levantamos los brazos y gritamos: “*Marcelino, Ramiro, Segundo*” y también recibimos la misma respuesta, así nos identificamos, no se reconocen, están tan cambiados, ya eran hombres (Mi tío Segundo, mi padre, mi tía Emilia, mi madre conmigo en brazos, mi tío Marcelino, Adolfo un primo de mi padre y su hija, luego mi tío Ramiro con mi hermanita en la Plaza de Mayo, atrás la casa de Gobierno y unos metros más el puerto de Buenos Aires). Tardaron unas larguísimas horas hasta que pudimos

<sup>5</sup> Fiambre de cerdo con mucho tocino y carne entreverada, generalmente de la zona del “pescuezo”. Panceta, papada (N.E.).

bajar, mis tíos nos arrojaban golosinas y se estiraban para tocar la mano de mi hermana –Señor no se puede, espere usted– le decía el señor de migraciones, pero ellos estaban tan ansiosos como nosotros.

El abrazo de llegada fue interminable, lloraban todos, enseguida nos tomaron en brazos, a mi hermana y a mí y nos besaban y lloraban, nos cambiaban de tío en tío, y lloraban y nos besaban, también estaba la tía Emilia, ya estábamos en tierra al fin. Ellos tenían todo organizado, fuimos a un hotel a comer y dormir. Qué noticias tendrían de España que mi tía llevó ropa para nosotros pensando que vendríamos andrajosos, pero no fue necesario, pese a nuestra pobreza estábamos presentables, mi madre siempre se las apañó para que luciéramos bien.

A la mañana siguiente vino a buscarnos un primo de mi papá que tenía un mateo<sup>6</sup> y nos llevó a pasear, para que conociéramos Buenos Aires. A la noche tomamos el tren para Bahía Blanca, qué largo era el viaje, cuánto campo.

Cuando llegamos fuimos a la casa de mi tío Ramiro, nos esperaban mi tía Angelita y mis primas Coca y Mabel, almorzamos todos juntos y luego mi tío que tenía automóvil, nos llevó hasta la casa de mi tío Marcelino. Segundo vivía en la capital, nos faltaba conocer a mis primos Luis y Yoyo. Como mi tío se tenía que hacer de nosotros y cumplió a rajatabla su misión, nos quedamos tres meses a vivir con ellos, todos fueron muy buenos, muy solidarios, pusieron una cama grande en el comedor de la casa y allí dormimos los cuatro otra vez juntos, cómo nos gustaban las patatas compraron una bolsa para nosotros, qué ricas, y podemos comer todo lo que quisiéramos, fue mi primera comida.

Bahía Blanca tiene su puerto que se llama Ingeniero White, allí fuimos, “por Dios qué distinto era todo”: las casas eran de chapa y madera en su mayoría, no había piedras, las calles eran anchísimas, había varias escuelas, cine, teatro, iglesias de varios credos, ayuntamiento y, en el mismo edificio, una sala de primeros auxilios con enfermero permanente, y un doctor que venía todos los días, pasaba un autobús, tenía estación de trenes, correo, luz, agua en las casas, teléfonos, almacenes, carnicerías, farmacia y un club con piscina y mucho viento, a doscientos metros estaba el mar. Pero lo más llamativo era la gente, había de varias nacionalidades: italianos, polacos, judíos, griegos, españoles, ingleses, turcos, todos convivíamos en paz con los argentinos y entre todos hicimos una cultura nueva. Nos costó encontrar casa para alquilar, hasta que un día mi tío se enteró que un compañero dejaba una, y allí salió a hablar con el dueño, pago sesenta pesos por mes de alquiler, era de chapa y madera.

<sup>6</sup> Coche de caballos (N.E.).

Mi padre quiso entrar en el ferrocarril pero al hacerle una revisada (*sic*) médica se enteró que era corto de vista y encima daltónico, luego de estar tres meses en el frente y tres años de servicio militar, era increíble. Su primer trabajo fue levantar las tapas de los medidores de consumo de agua, se recorrió toda la ciudad caminando; luego empezó en la construcción, primero como peón pero él querría aprender el oficio, ponía entusiasmo, y preguntaba y observaba hasta que le dijeron si se animaba. Y se animó, nada que ver con su trabajo de labrador, mi madre siempre tejía para aportar algo a la casa.

Tuvimos que aprender muchas cosas nuevas, extrañaban a su familia, sus costumbres, su idioma y ese vacío que tenían se fue llenando, pero nunca se completó. Empezamos a comer carne, a tomar mate, a hacer asado, alternando con paellas, papas viudas, gazpachos, torrijas, etc. Nos aprendimos de memoria los poemas que mi madre nos decía: “el Conde Niño, El Conde Sol”, que luego los encontré en el libro de Ramón Menéndez Pidal, “*Flor nueva de Romances viejos*”, las coplas de la guerra, las canciones de moda, los dichos, y preguntaba y preguntaba, cómo era el pueblo, cómo vivíamos, por qué estamos aquí, por qué la guerra, historias que me dolieron mucho y entre tangos y pasodoble, Don Quijote y el Martín Fierro fuimos creciendo a la española y a la argentina.

Cada uno cargó una mochila imaginaria sobre sus espaldas. Mi padre soñaba todas las noches que volvía a España y no encontraba trabajo caminaba los pueblos y se preguntaba: “que hago acá con mi familia” y se despertaba angustiado. Lo superó cuando en el año 1981 volvió a su patria. Mi madre hasta hoy lleva el dolor de haber abandonado a su madre, de “sacarle la alegría de estar con sus nietas”, textuales palabras.

Mi hermana tenía casi cinco años cuando vinimos, bailaba y cantaba con desenfado, pero el cambio la convirtió en una niña tímida e insegura, pero no alteró su formación de una gran mujer, como hija, esposa, madre, abuela y una hermana inmejorable. Y yo siempre añoré haberme criado sin abuelos, de tenerlos lejos, fue mi dolor de niña, me faltó la otra familia. Las cartas van y vienen, les contábamos lo que hacíamos, nos sacábamos fotografías para que vieran como crecíamos, era una alegría recibir noticias, pero estaban las otras con un lazo negro en el sobre, que antes de abrirlas ya se sabían que traían una mala noticia, uno por uno fueron muriendo los abuelos y los tíos.

Pagamos nuestra deuda, dos pasajes y un cuarto y comenzamos a progresar paso a paso. Nuestro primer indicio de progreso fue comprar en un bazar una azucarera enlozada algo que no merecía tanta urgencia, fue como darnos un lujo. Es la que uso desde que la heredé y la que me acompaña entre mate y mate. Aprendimos a amar a esta nueva tierra, a respetarla sin olvidar nuestras raíces.

Cuando yo era niña le preguntaba a mis padres cómo era el pueblo, cuando veía una aldea en el cine o en una fotografía y luego en la televisión preguntaba: “es así mi pueblo” y la respuesta siempre era la misma: “nooooooo”. Fueron tantas las veces que me dijeron que no, que me juré que no preguntaría más, hasta que la viera con mis propios ojos, y tocara el suelo con mis manos.

Cuando vino mi primo Daniel a visitarnos nos trajo una fotografía aérea del pueblo, me llamó a verla y a contarme dónde vivíamos, pero yo cerré los ojos no quise ver. Nos casamos con argentinos que aprendieron a querer y a respetar nuestra tierra y a querer conocerla, ellos mismos ponen la tele en el canal de España para ver qué pasa allá, y a mirar las corridas de toros. Mi cuñado ya no está. En la familia volvimos todos, era nuestra asignatura pendiente, ¡había que ir! Para mí pasaron 47 años.

Esta vez cruzamos el charco en avión, en sólo doce horas, estábamos en Barajas con la familia otra vez, qué emoción, no me lo podía creer, estaba en España, ellos ya tenían todo resuelto, fuimos a Guijuelo y las primas me decían: detrás de esas montañas está Carpio. Primero pasamos por Valdejimena, y de allí, llorando, a encontrarme con mi sueño. Toda España me pareció hermosa, pero mi Carpio superó toda mi imaginación, tenían razón, no era como nada que había visto, seguía igual que cuando nos fuimos, sólo cambiaron las casas por dentro, tenían toda la tecnología del siglo XX pero su gente era la misma, sólo unos cincuenta vecinos ya mayores, en invierno algunos se iban por las inclemencias del clima, así que quedaban unos pocos. Otra cosa que me llamó la atención fue el pueblo tan viejo y automóviles modernos los fines de semana, yo me sentí en mi casa, lo recorrí todo, hablé con la gente, se acordaban de nosotros, de nuestra historia.

Estaban viviendo dos hermanos de mi padre: cada uno había hecho una vida distinta: Heraclio se fue a trabajar a Santa Marta, se jubiló y volvió al pueblo. Procopio se quedó y vivió toda la vida de la misma manera, los otros se fueron unos a Madrid y otros a Baracaldo. Entré a la casa donde nací, aún era de la prima Amelia, me temblaban las piernas. Me fui una niña de nueve meses y volví una mujer, mis padres me transmitieron sus vivencias, político y sociales, y yo las tomé como mías, mis primos se sorprendían cómo sabía tanto de la familia. Pensaba mucho en mis hijos y en la familia, cómo me hubiera gustado que vieran mi pueblo, porque por más que les cuente y lo describa lo mejor posible, no es lo mismo. Me fui como llegué, llorando, con la tranquilidad de haber cumplido mi sueño y no me defraudó, de volver bien, no en ganadora, sino para demostrarle que no fue en vano tanto sufrimiento, que a pesar de todo los seguimos queriendo, que estamos orgullosos de haber nacido allí, que nos enriquecimos con las dos culturas, allí solos los argentinos, y aquí los españoles, pero yo digo que soy hispano-argentina, me gusta más.

Dejar España y mi familia me dolía, pero estaba ansiosa porque extrañaba a mis hijos, otra vez los sentimientos encontrados, no se puede estar en la misa y en la procesión.

Cuando llegamos con mi marido al aeropuerto de Bahía Blanca, estaba la familia, vi a mis padres allí parados, juntos, tomados de la mano, esperándonos, tenían una expresión en la cara como diciendo: “Bueno hija que dices ahora, ¿te gustó?, ¿era lo que esperabas? Los abracé a los dos juntos y me eché a llorar, no me podía contener, les pedí perdón por las veces que los hice renegar, por mis caprichos de niña consentida, ahora después de ver dónde nacimos, entendía tantas cosas, tantos porqués resueltos. Miré mis manos, aún tenían olor a España.

La vida sigue. Ahora tengo cuatro nietos, ellos ya saben dónde nació la abuela Victoria, dónde queda, cómo es la bandera, que hubo una guerra, por qué nos vinimos, soy yo la que cuenta la historia, fiel a los hechos como me la contaron a mí. Cada uno tomará su posta, sin presiones, con la misma libertad que me dieron a mí, y sacarán sus propias conclusiones.

Mi padre ya no está, de él guardo su amor, su simpleza, las horas que nos pasábamos hablando de España, recuerdo acunándome en la noche cantando canciones de la mili, feliz cuando nos veía a todos juntos, haciendo esos asados gallegos, así le decían los nietos. Mi madre, por acompañarlo en semejante aventura, sin ella nunca habiéramos sido así, no hay palabras para decir gracias. Sin ellos no tendríamos esta historias y, aunque pase el tiempo, no hay día que no me acuerde de mi pueblo; siempre hay algo que lo hace presente, cuando me va mal, porque me va mal y cuando me va bien, porque me va bien. Cuando me preguntan dónde nací respondo con orgullo: En España, yo soy de Castilla y León, de Ávila, de Carpio Medianero.

Para terminar, cuando en 1925 mi tío Marcelino se vino a la Argentina en la casa del abuelo Teodoro había un perro que se llamaba Tobalo, sobresalía por lo buen pastor. En 1949 en Bahía Blanca cuando llegamos a su casa, había un perro Tobalo, muy guardián. En 1978 fui a visitar a mi primo Luis a Neuquén. Al acercarnos salió un perro ovejero enfurecido, que al grito de ¡Tobalo quieto! los dos nos quedamos paralizados. Yo sabía muy bien el por qué de su nombre. Tres perros distintos, en distintas épocas. Un hilo conductor atándonos en el amor y en el recuerdo presente, a pesar del tiempo.



